

nuestros hermanos, sus prisioneros. Vengúmonos. Precisa hacer tales ejemplares, que viendo de lejos sobre nuestras murallas las cabezas de sus innobles cómplices, los traidores de Versalles, confundidos por la unanimidad de los comuneros, se rindan á discrecion.»

Luego vienen las historias. Para ejemplo basta con uno. Entre los hombres de Versalles más aborrecidos por la Comunidad revolucionaria, se encontraba Julio Ferry, que desde la redacción de *El Tiempo* pasó á la Cámara de diputados, y desde la Cámara de diputados pasó á la prefectura de París, cargo ejercido durante todo el sitio, hasta el mismo día diez y ocho de Marzo, en que solamente él propuso resistir, y solamente él hubiera mantenido la resistencia. Pues oíd lo que contaban de Julio Ferry. En cierta noche, á eso de las diez, los vecinos de la calle de Saint-Denis se alarmaron al eco de gritos desgarradores que partían de la calle de Santa Apolina. Varios guardias nacionales subieron á la casa donde se exhalaban, al cuarto piso; descerrajaron fuertemente las puertas, y vieron un horrible espectáculo. Tres ó cuatro niños pálidos, demacrados, sin fuerza, sin aliento, los ojos fuera casi de las órbitas, los labios cárdenos, pegada al hueso la piel, se arrastraban por el suelo en el entristecimiento y en la miseria de verdaderos irracionales. Hacia cien horas quizá que no habian comido ni un bocado de pan. Habitaba esta pobre bohardilla una jornalera jóven y bonita, víctima inocente de un seductor malvado. Tres años vivió con él, tres años de martirio, en los cuales su único alivio, su consuelo único estaba en los rosados niños, que cada nueve mesés paría con matemática regularidad. Una noche desapareció el infame. Esta desaparición coincidió con el movimiento del diez y ocho de Marzo. La pobre muchacha tenía al cabo un consuelo; que aquel día tan infausto para ella, fué fausto para Francia. Pasaron varias semanas, y al término de ellas,

se presentó, preguntando por la jóven, misterioso señor envuelto en negro manto. El conserje, que es miliciano y patriota, le dió las señas; pero absorto en sus ideas políticas y en sus planes de defensa, no paró mientes en la siniestra figura.

Tres días pasaron sin que el conserje viese á la inquilina. Pero no pensó mal, porque en su inteligencia no cabía otro pensamiento que la Comunidad revolucionaria y la patria en peligro. Ni siquiera los sollozos y los suspiros, que bajaban del cuarto piso, tocaron en su corazón. Nadie podrá culparlo por esta aparente dureza en cuanto sepa que estudiaba su táctica. Por fin los gritos alarmaron primero á los paseantes de la calle que al estético y singular conserje. Subieron todos y encontraron á los niños en la agonía. Pero lo horrible estaba detrás de una cortina; la jóven asesinada. Un puñal le habia partido el corazón. Y en sus manos crispadas, apretaba fuertemente un papel que decia á la letra: «Muerdo asesinada por un infame seductor; iba á asesinar también á los tres hijos que en mí ha tenido, mas un rumor del cuarto vecino, le obligó á la fuga. Vino expreso de Versalles para cometer este cuádruple crimen y borrar las huellas de todos los atentados cometidos durante tres años en mi persona. Su nombre es Julio Ferry. Los que esto leyéreis, vengadme.»

Hemos visto un periódico comunero; pues veamos ahora un club. Está instalado en la Iglesia de Saint-Jacques. Afortunadamente, es una Iglesia del siglo décimo-sétimo, de los tiempos en que la fé tocaba ya tristemente á su ocaso. El estilo dórico no contrasta mucho con los discursos políticos, siquiera sean rojos é irreverentes. Donde tiene que ver un club, es en una Iglesia gótica, entre la selva de columnas, bajo las bóvedas triangulares, al resplandor místico de los vidrios de colores, en esas Iglesias impregnadas desde las losas del pavimento hasta el punto extremo de la cúpula con el espíritu católico. De to-

dos modos, repugna ver los edificios consagrados á objetos para que no fueron contruidos, como repugna ver la grande Aljama de Córdoba, consagrada á Iglesia católica; y la severa Iglesia católica de Ginebra, por cuyos claustros góticos anda errante el espíritu de la Edad Media, á Iglesia calvinista. Repugna ver los clubs en las Iglesias. Sobre la pila del agua bendita, un depósito de tabacos de municion; sobre el altar mayor, innumerables botellas y vasos de cerveza; en una Capilla, la Virgen María desceñida de sus religiosas vestiduras, y disfrazada de cantinera.

El público ofrece abigarrado aspecto, distinguiéndose las mujeres hombrunas, medio ébrias, desvergonzadas, roncadas de tanto gritar, desvergonzadísimas, dignas por sus modales y por sus palabras, de figurar entre las calceteras que se habian elevado al oficio de presenciar al pié de la guillotina, y para no perder tiempo, ni jornal, ni trabajo, los horribles suplicios del terror. Las nubes del humo de tabaco han sustituido á las nubes del humo de los incensarios; los juramentos y los dislates, á las oraciones; los clubistas á los fieles, en nombre de esa libertad allí más profanada aun y conspuída que la misma religión. Una mujer, como de treinta años, flaca, alta, desgarrada, de tez pálida, como si tuviera ictericia, sube al púlpito.

«El matrimonio, dice, es el capitalísimo error de la antigua humanidad. Ser casada es ser esclava. ¿Queréis ser esclavas?»

—No, no, grita á una todo el público.

—«El matrimonio es incompatible con la existencia de una ciudad libre. Por tanto hay que declararlo crimen y reprimirlo por leyes severas. Nadie tiene derecho, enajenando su libertad, de corromper á sus conciudadanos. El estado de matrimonio atenta á las buenas costumbres. Y que no me hablen de ese inútil correctivo que se llama divorcio. No basta paliar el mal; se necesita extirparlo. El divorcio es un lenitivo orleanista.» (*Estrepitosos, prolongados, frenéticos aplausos.*)

«Por esta razón me atrevo á presentar á la Asamblea una mocion que tiene por objeto pedir modificaciones del decreto en cuya virtud se asegura módica renta á las compañeras, legítimas ó ilegítimas, de los guardias nacionales muertos en defensa de nuestras franquicias. ¡Nada de medidas á medias! ¡Seamos francos! Nosotras, las concubinas, nosotras no podemos sufrir por más tiempo que las casadas usurpen derechos que no tienen y que no pudieron tener jamás. Modifíquese el decreto. Para las mujeres libres todo, nada para las esclavas.»

El cronista que refiere esto, se vuelve á varias gentes del público, y averigua que la oradora es una comadrona que ha sido sonámbula. En esto grande conmocion en el público. Un jóven se dirige al púlpito. Rodeándole varios milicianos, varios obreros de blusas azules, varios garibaldinos, con sus trajes rojos, formando en torno suyo el más pintoresco y vario acompañamiento. De grata fisonomía, de modales finísimos y desembarazados, de mirada serena, de sonrisa dulce, de espaciosa frente, llama la atención general y atrae las generales simpatías. Es Lullier, Lullier, gritan las gentes, y Lullier habla en medio de la general atención, y de los generales aplausos. Pero de pronto dice:

—Vuestros generales, La Cecilia y Dombrowski, no sirven para nada; son unos imbéciles además de unos traidores.»

Gritería general. Generales protestas.

Todo el mundo se levanta, se enardece, muestra los puños, babea de rabia, truena con clamores de ira en sus gargantas, fulmina relámpagos de indignacion y de cólera. Las sillas se amontonan como para caer sobre la cabeza del calumniador. Aquí y allá brillan algunas armas siniestramente. El escándalo es indescriptible.

—Quiero explicarme, dice Lullier.

—Que se explique, gritan unos.

—No caben explicaciones, dicen otros.

—Que retire las palabras.

—No las retirará, exclaman los amigos de Lullier.

—Abajo, abajo.

—Afuera, afuera.

—Muera, muera.

—Reaccionario, versallés.

—Vendido, traidor.

—Orleanista.

—Que lo maten.

—Afuera.

—Abajo.

—No queremos oírle.

—Traidor, traidor.

—¿Cuánto te ha dado tu amigote Favre por esta infamia?

—Quiero hablar, dice el injuriado.

El tumulto es indescriptible. Las sillas vuelan por los aires. Dos Amazonas suben, cogen al audaz, lo precipitan del púlpito, y se pierde en la muchedumbre.

Un pilluelo de bien pocos años se dirige á la pila, coge un puñado de tabaco, y dice:

—En nombre del padre.

Y lo mete en la pipa.

—En nombre del hijo.

Y mete un segundo puñado.

—En nombre del Espíritu-Santo.

Y mete un tercer puñado.

Cátulo Mendez, testigo y cronista de estas escenas, cuenta que le dió un solemne pescozon.

Otra escena terrible. Hacia la parte norte de París, en las avenidas que avecinan á la central y grandiosa del Arco de la Estrella, calle de Rapp, una tarde súbitamente se bambolea la tierra como si la sacudiera inesperado terremoto, enciéndose los aires como si estallara en ellos el cráter de un Etna; saltan varias casas á la manera de árboles descuajados por el huracan; mueren muchos infelices, ó asfixiados de calor horrible, ó aplastados por los escombros; retumban explosiones semejantes á innumerables descargas de artillería, á gigantesco bombardeo, al encuentro de dos nubes tonantes en la inmensidad

del cielo; y el estruendo es tan grande, el fragor tan intenso, el espanto tan universal que París cree volar por los aires merced á la voladura de gigantesca mina ó consumirse en las llamas de voraz inesperado incendio. En efecto allá por las cercanías de Passy, calle de Rapp, los cielos ardieron, aunque fugaz siniestramente con colosal relampagueante nube de cuyos senos llovía granizo de fundido hierro. Tamaña catástrofe se debió al descuido de algun trabajador y á la explosion y voladura casual de una fábrica de cartuchos. La Comunidad, sin embargo, publicó un manifiesto atribuyendo la desgracia á maquinaciones del gobierno de Versalles. Pero la opinion bien pronto instruida de la verdad lamentó que las pasiones llevaran á los partidos en Francia no solamente á combatirse como si fueran incompatibles sobre la haz del globo, sino tambien á deshonorarse ante la conciencia humana y ante la Historia.

En la misma noche, ó en la noche siguiente á la catástrofe, dióse una fiesta, un concierto en las Tullerías por mandato de la Comunidad revolucionaria. La organizacion de la fiesta se encomendó ¡caso extraño! no á un artista, no á un poeta dramático, á un cirujano de la República Universal, más propio para los hospitales del dolor, que para los salones de las fiestas. El cirujano anunció el espectáculo en estos retumbantes términos que copiamos á la letra: «Tres conciertos distintos se verificarán simultáneamente; uno en el salon de Mariscales, otro en la galería de Diana, otro en la sala de espectáculos. Cada sala tendrá una orquesta proporcionada á sus dimensiones, y los mismos artistas cantarán alternativamente en todas. Se necesita que esta velada, produciendo una suma considerable á los huérfanos y viudas de la Comunidad, resulte una imponente manifestacion arrojada á la faz de los reaccionarios y de las reacciones. Es necesario que la caverna de los tiranos, convertida en propiedad del pueblo, sirva á aliviar al pueblo, despues de ha-

ber devorado por tantos siglos el producto de su sudor.»

Los árboles del espacioso y triste jardin, soportaban racimos de luminosos vasos; los cristalinos surtidores de las fuentes quebraban los rayos de las luminarias en los matices del iris; crecian las estatuas entre los juegos de los reflejos y las combinaciones de las sombras; la escalera brillaba con brillo inusitado; resaltaban magníficamente entre tantos resplandores los áureos adornos y los claros mármoles; el salon de Mariscales con sus viejos retratos, sus molduras, sus colorales cariátides, y el salon de espectáculos

con sus columnas jónicas, y la galería de Diana con los magníficos frescos, fidelísima copia de aquella maravilla que se llama la Farnesina de Roma, estallaban materialmente de espectadores atraídos más que por las seducciones del concierto, por la novedad del sitio; y mientras orquestas, coros, cantores entonaban sus armoniosas cadencias, allá tras el Arco de la Estrella, visible desde las Tullerías, retumbaba el cañon de las barricadas y de los fuertes, despidiendo siniestros ruidos y lúgubres relámpagos en esta última fiesta del desgraciado pueblo.